

Esa gran familia que todo lo escucha

Amos Oz novela el escrutinio moral y el ambiente asfixiante de un kibutz y ayuda a comprender un proyecto sionista que poco se parece al Israel de hoy. Para leer sin prisas

Por Ana Carbajosa

NARRATIVA. LA GRAN FAMILIA del kibutz todo lo escucha, todo lo observa. No hay relación o roce humano que escape al escrutinio moral del grupo. Y menos aún el amorio de una adolescente con un hombre mayor y un embarazo no deseado. Porque en Metzudat Ram, el kibutz en el que transcurre *Quizás en otro lugar* todo se comparte: la crianza de los niños, las comidas, los trabajos y también la evaluación de las conductas. Esa intimidad, a ratos reconfortante y a menudo asfixiante, que impregna la vida del kibutz es la que retrata el escritor israelí. "Juzgamos a nuestro prójimo día y noche [...] no hay debilidad que pueda escapar aquí por mucho tiempo a los juicios de valor", escribe Oz.

Los que todo lo comparten son los *kibbutzniks* que pusieron en pie un país en construcción y que hicieron florecer el desierto como ordenaba Ben-Gurión, el padre fundador del Estado judío. Eran hombres y mujeres con biografías intensas, que llegaban de Europa

con la mochila cargada de traumas, dispuestos a empezar de cero. Fuertes y sudorosos, embriagados por sus ideales. Judíos diaspóricos, como los llama Oz, que leen a

Hegel y Proudhon por la noche y conducen un tractor durante el día. Esos personajes únicos son los que deambulan por esta suerte de culebrón socialista en tiempos de guerra. Juntos forman una postal casi perfecta de lo que fue la vida en la utopía israelí, como también lo fue en versión género negro el entretenidísimo *Asesinato en el kibbutz*, de Batya Gur. Son novelas que huelen a trigo y a gasoil, en las que se vive una vida premeditadamente sencilla y rural y que al leerlas resulta inevitable preguntarse por las supuestas grandes ventajas del individualismo nuestro.

Quizás en otro lugar se publica ahora en castellano, pero un joven Oz la escri-



Granjeras judías cosechan con fusil al hombro en un kibutz, en 1948. Foto: Corbis

bió en 1966. No había cumplido los 30 años y la ensoñación colectivista se encontraba en plena ebullición. El mismo pasó parte de su juventud en un kibutz, al que llegó por su propio pie, siendo un adolescente idealista. Metzudat Ram es un lugar inventado, pero el detalle, las sutilezas y la ironía con la que Oz relata la vida del kibutz indican que en esta novela hay mucho de la propia vida del consagrado escritor israelí.

Leer ahora *Quizás en otro lugar* resulta muy esclarecedor. Ayuda a comprender el germen del proyecto sionista y el modelo de sociedad laica e igualitaria que quisieron labrar los pioneros y que tan poco se parece al Israel de hoy. Medio siglo después de que Oz se sentara a escribir su novela, algunos de los dilemas sobre los que escribe —la marcha del hijo a la guerra o la lucha de los israelíes por una cotidianidad, forzosamente ajena al enquistado con-

flicto con los palestinos— siguen ahí. El país, sin embargo, no puede ser más diferente. El capitalismo derribó sin miramientos los cimientos socialistas del Estado y dio pie a un vibrante desarrollo tecnológico, pero también a una desigualdad rampante que corroe el país. La colonización de los territorios palestinos hace que se evapore la viabilidad de un Estado palestino viable y ha envenenado y dividido a la propia sociedad israelí. Mientras, las corrientes más extremistas del judaísmo avanzan sin freno. Si los habitantes de Metzudat Ram aterrizaran hoy en Israel, probablemente no lo reconocerían.

Son 400 páginas, en las que las altas dosis de cotidianidad ajena, en las que pasa más bien poco, pueden llegar a cansar. Pero si uno decide no pedirle demasiada agilidad a la novela y se permite vagar sin prisas por los campos del kibutz, Oz resulta ser un guía estupendo. •

En el pudridero

Por José Andrés Rojo

NARRATIVA. MAXIMILIANO BARRIENTOS (Santa Cruz, Bolivia, 1979) se mete en su última novela en el interior de una familia cruceña de clase acomodada y va narrando cómo las cosas se descomponen y cómo lo hacen de manera irreversible. Vitor Flanagan salió escopetado a Estados Unidos cuando murió su madre y, tras una larga temporada habitando en ese país a salto de mata, vuelve a casa. Ya no vive su padre, con el que rompió de manera brusca por su alcoholismo, así que se instala con la que fue su última mujer, y le toca ir recomponiendo el tejido de sus antiguos afectos.

Termina siendo, de esa manera, la historia de alguien que va dando palos de ciego, medio enfangado en un lugar donde se embarran el muchacho que era cuando se fue y el hombre joven que vuelve y no consigue agarrar el curso de su vida. Maximiliano Barrientos forma parte de esa nueva hornada de escritores que andan explorando ese particular extravío en el que anda metida su generación. Tienen algo de nómadicas que buscan un asidero: se fueron un buen día y han perdido los lazos con lo que fueron y, al mismo tiempo, no la han perdido. Puede pasarles lo que a Vitor: estar como amarrados, sin terminar nunca de arrancar, enredados en el laberinto familiar (o en el que sea), abocados a no terminar de entenderse del todo con un presente que se les rebela.

Maximiliano Barrientos le sigue la pista a Vitor: una pelea justiciera para corregir una antigua afrenta, la intensa recuperación de un antiguo amor, la relación cómplice con ese tipo que se hunde en su propia autodestrucción, las complicaciones para recuperar la confianza de su hermana. En medio del camino, las borrascas de los viejos recuerdos y el aturdimiento en el que lo meten algunos episodios accidentales. Borracheras, sexo, broncas, las salidas en coche para perderse en las carreteras. El paisaje de fondo tiene que ver con "... los diseñados letreros publicitarios de la última elección presidencial —inmensas gigantografías de Evo Morales levantando un brazo, saludando al pueblo, de pie en un podio, envuelto en un poncho de alpaca con los motivos tribales aimaras—".

La novela no tiene una voluntad política explícita, pero a las transformaciones que están afectando al mundo entero habría que añadir los grandes cambios que ha experimentado Bolivia en los últimos años. Un personaje de la novela, un ejecutivo en Petrobras, comenta de pasada que Morales llevará a la zona oriental a la ruina. Las conmociones que el libro ilumina, sin embargo, son otras: las que les ocurren a todos. "La vida no trata del deterioro de esas imágenes", comenta el narrador a propósito de una fotografía donde el tío y el padre de Vitor posan de adolescentes junto a un venado, "la vida trata de cómo envejecemos y esas imágenes se mantienen fijas, incontaminadas, protegidas de nuestros propios cuerpos, de la marcha silenciosa de las enfermedades". Barrientos cuenta ese afán inútil por reconquistar lo que ya se ha ido. •



La desaparición del paisaje
Maximiliano Barrientos
Periférica
Cáceres, 2015
276 páginas
18,75 euros

Pasado y presente otomano

Por Antonio Elorza

HISTORIA. MUSTAFÁ KEMAL HIZO cuanto estuvo en su mano para aplastar cuanto representaba el pasado otomano, que encarnaba el atraso histórico de Turquía. Pero las brasas seguían encendidas, gracias a la religión, y hoy el presidente Erdogan derriba paso a paso el legado kemalista, reivindicando la grandeza del imperio otomano, hasta en los ridículos uniformes coloreados de los jenizaros con quienes conmemora la conquista de Constantinopla. Un mes antes, para tapar el exterminio armenio, una gran ceremonia recuerda la victoria defensiva de 1915 en Gallipoli. Su artífice, Atatürk, es en ella olvidado.

La historia del imperio otomano reviste así un interés primordial para la Turquía de hoy, y también para el conocimiento de la Primera Guerra Mundial, de la que forma habitual y erróneamente un episodio secundario. El magnífico libro de



La caída de los otomanos
Eugene Rogan
Traducción de T. Fernández y B. Eguibar
Crítica
Barcelona, 2015
784 páginas
28,90 euros

Eugene Rogan, profesor en Oxford, permite responder a ambas cuestiones, ya que si el extenso relato se centra en la guerra, en el curso de las acciones bélicas va poniéndose al descubierto la estructura militar y política del imperio agonizante. Agonizante, pero con capacidad para recobrar fuerzas después del desastre en las guerras balcánicas, hasta ganar batallas defensivas, como la de Gallipoli, que alteran el curso de la gran guerra.

Una extensa introducción permite entender el juego de fuerzas, de impulsos de renovación y de contradicciones, que llevan desde la caída del "sultán sanguinario", Abdulhamid, hoy rehabilitado por el neo-otomanismo vigente, hasta que los

Jóvenes Turcos lanzan el país a la guerra, con un protagonista omnipresente, el audaz e insensato Enver Bey. De los efectos de la derrota balcánica a los prolegómenos del genocidio armenio, las piezas clave del tablero son analizadas en profundidad. En principio, el lector especializado conoce la marcha de los acontecimientos, solo que Rogan introduce siempre datos y matices que contribuyen a una mayor comprensión. Así la constante atención a los aspectos de técnica militar y de condicionamientos logísticos.

Como sucede habitualmente con la historiografía británica, el relato es brillante y permite soportar la cadena de definiciones estratégicas, batallas, marchas y tragedias humanas. Un recurso enriquecedor consiste en fundir la narración central con episodios extraídos de memorias y peripecias personales. El lector se siente así introducido en el curso de los acontecimientos. Único riesgo: no siempre el narrador invitado ofrece la misma seguridad en la visión de los hechos que el historiador. Última observación: en las grandes batallas hubiese sido útil introducir mapas explicativos. Estamos, en todo caso, ante un gran libro. •